

DIÁLOGO INTERCULTURAL, CONCIENCIA PLANETARIA Y CONCIENCIA EUROPEA

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Mariano YELA GRANIZO*

La Academia ha elegido como tarea común para sus reflexiones durante el presente curso el estudio de los diversos aspectos de la Unión Europea. Por mi parte, voy a examinar tres ideas que, desde el punto de vista antropológico y psicológico, juzgo capitales: *el diálogo intercultural, la conciencia planetaria y la conciencia europea.*

La unión y la desunión entre los hombres tienen su origen, muy principalmente, en las interacciones de unos con otros. En un extremo de ellas se sitúa el diálogo; en el otro, la violencia. A través de ambos y de los múltiples matices intermedios se va creando, deshaciendo, rehaciéndose y modificando una conciencia supraindividual y más o menos compartida, que facilita o, por el contrario, dificulta o impide la formación de proyectos e instituciones comunes.

Las interacciones humanas que propician la unión se resumen, creo, en el diálogo entre personas y culturas. ¿Qué es y en qué se funda ese diálogo? ¿Existe y se amplía a lo largo de los siglos? ¿Contribuye, y en qué medida, al nacimiento y ampliación de una conciencia planetaria? Y, finalmente, en el seno de esta conciencia planetaria, o aparte de ella, ¿se va configurando y cómo una particular conciencia europea?

Estos serán los temas que, sucesivamente y de la forma más clara y concisa a mi alcance, iré abordando.

* Sesión del día 24 de noviembre de 1992.

EL DIÁLOGO INTERCULTURAL

Primero, *el diálogo intercultural*. Para empezar, he de decir que, a mi ver, no es una cuestión de todo o nada. No es que haya plenamente un diálogo intercultural o que no exista en absoluto. Lo puede haber, lo ha habido y lo hay en diversos grados y con distintos matices. Mi impresión es, con mil reservas, que hoy aumentan las condiciones objetivas para que ese diálogo se intensifique. Y una de las condiciones, creo que la fundamental, atañe a lo que llamo *conciencia planetaria*. Es la segunda idea que voy a analizar: la conciencia planetaria, a la que la humanidad parece acercarse, es una condición necesaria, aunque no suficiente, para que la población del planeta avance hacia un diálogo intercultural.

Primero, pues, la cuestión de grado. Hay en la historia períodos propicios para el diálogo y fases en las que se deteriora y retrocede. No parece que haya ninguna ley ineluctable en el devenir histórico de la humanidad. En realidad, no sabemos con mínima certeza cuándo la evolución biológica abrió la posibilidad de la innovación cultural, y le cedió luego el predominio en el transcurso temporal de los hombres; ni se sabe cuándo y cómo, si es que ello tiene sentido, puede cumplirse esta o aquella utopía absoluta y acontecer, como hoy tanto se discute, el fin de la historia.

El diálogo entre hombres y culturas exige una cierta conciencia de igualdad radical y, a la vez, de diferencia efectiva entre las culturas y los hombres. El diálogo implica, de una parte, encuentro con el otro o con la otra cultura y *reconocimiento* del valor único e incanjeable del otro, igual como persona a mí, o de la otra cultura, igual, en tanto que humana, a la nuestra. Implica, al mismo tiempo, la admisión de diferencias, que pueden posibilitar el mutuo enriquecimiento personal y cultural de los interlocutores.

Si no se da la vivencia de esa fundamental igualdad, no puede haber diálogo, sino dominio y sumisión y, en el extremo, supervivencia de un «logos» y aniquilación del otro. Pero, por otra parte, el diálogo es siempre asimétrico. Puede haber diálogo entre padres e hijos, entre terapeuta y paciente, entre jefe y subordinado, entre generaciones distintas, entre culturas diferentes. Pero el efectivo status total, personal, social, cultural e histórico es siempre distinto entre los dialogantes. El diálogo supone, al tiempo, igualdad y diversidad. La diversidad es un hecho psicobiológico y cultural. La igualdad es, al menos, una aspiración ética, que se realiza en muy diversos grados en la vivencia de los individuos y en el dinamismo de las sociedades y culturas.

Mi conclusión, sin duda discutible, es que el auténtico diálogo entre hombres y culturas exige, en algún grado, la vigencia común de una norma o de una aspiración; a saber, *la discrepancia en concordia*.

Cada cual es único e intransferible. Su perspectiva sobre la realidad, en la que está como todos, es, sin embargo, suya, personal y peculiar. No puede coincidir del todo con la de los demás. Lo mismo, a su manera, les pasa a las culturas. Las

discrepancias, tanto en un caso como en el otro, más allá de ser o no convenientes son inevitables. No hay posible consenso total. El verdadero diálogo no puede fundarse en un consenso absoluto. Esperarlo es condenarse al fracaso. Pero el diálogo puede iniciarse y progresar desde la concordia. Por concordia entiendo la predisposición hacia la comprensión mutua; en último término, la admisión incondicional del otro o la otra cultura, en tanto que otro u otra, no coincidente del todo conmigo o con la mía; por eso, discrepante y discutible. El diálogo es entonces posible y puede versar precisamente sobre esa discrepancia.

El signo de la concordia es la paz. Y la paz se funda en la vivencia del otro como valioso, distinto, discrepante y discutible; incluso como adversario, al que hay que convencer, pero no como enemigo al que hay que eliminar. Si ello es posible y en qué grado, es algo que la historia va e irá desvelando. No es seguro. La violencia ha sido omnipresente a través de los tiempos. Lo que es seguro es que la violencia es contraria al diálogo personal e intercultural. La cuestión básica, la *Urfrage*, en la que ahora no puedo entrar, es ésta: ¿Puede la humanidad subsistir y de algún modo avanzar hacia la concordia y la paz, si se excluye toda violencia? Mi convicción es que sí, al menos como aspiración ética; pero, ¿cómo prescindir de toda coacción y violencia?, ¿qué hacer con el violento y con los componentes violentos que contienen todas las culturas conocidas?, ¿hay algún medio que no implique coacción y violencia, aunque éstas sean legalmente reguladas y éticamente legítimas para luchar contra la violencia que de hecho exista? En todo caso, la violencia no forma parte del diálogo interpersonal e intercultural. Por el contrario, lo impide, dificulta o deteriora. Si pensamos que hay que facilitar y promover el diálogo intercultural, tenemos que idear medios para aminorar y tratar de eliminar la violencia.

¿Se avanza hacia ese objetivo? De nuevo, no es seguro. La primera impresión es, más bien, que la violencia aumenta. Leemos los periódicos, oímos la radio, miramos la televisión: noticias y más noticias, aciagas, constantes, universales, sobrecogedoras, de violencias y amenazas sin fin: hambres, insolidaridad, discordias, guerras, terrorismos, dictaduras, revoluciones sangrientas que acaban en totalitarismos más sangrientos aún, fanatismos fundamentalistas, narcotráfico y mafias, inseguridad ciudadana, colisiones entre el desarrollo económico creciente —al que se aspira o del que no se aviene nadie a prescindir— y la progresiva contaminación, fracasos sucesivos del intervencionismo estatal y comprobación dolorosa de las insuficiencias de la competición a toda costa y pase lo que pase, necesidad de uniones supranacionales y exacerbación de los nacionalismos, agresiones cada vez más peligrosas y menos controlables contra el equilibrio ecológico, amenazadas de degradación genética y de autoaniquilación de la especie.

Parece que, a pesar del progreso científico y técnico, o quizá en buena medida por él, cunden las catástrofes, aumentan las amenazas, se extiende el desencanto y disminuye la ilusión. Las muestras de ello abundan. Pero no es seguro que todo ello pruebe que la violencia aumente. Lo que aumenta, sin duda, son sus efectos. Tirar una piedra, en el Pleistoceno, no era tan destructivo como lo es hoy arrojar una

bomba atómica, aunque la intención agresiva sea igual. Lo que aumenta también es la información. La que tenemos proviene de la experiencia directa y de las noticias que nos transmiten. En otros tiempos predominaba la experiencia. Hoy, dominan abrumadoramente las noticias. Las dos fuentes están afectadas por sesgos diversos. La propia experiencia, por la predisposición, favorable o adversa, con la que vamos a las situaciones y las percibimos e interpretamos. Las noticias, por varios sesgos predominantemente desfavorables. Suele ser noticia más bien lo infausto que lo fausto. Las noticias son indirectas y difíciles de comprobar: las transmiten otros, que las recogen o inventan, que, en todo caso, las seleccionan y editan. La concentración del poder informativo suele transformar las noticias en propaganda, adoctrinamiento o sensacionalismo. Los grandes medios de comunicación no suelen transmitir las en su contexto, que les daría tal vez otro sentido. Hoy se difunden con fulminante rapidez. Casi todo lo que pasa en casi todos los lugares se difunde casi simultáneamente por casi todo el mundo. No es seguro que haya más violencia. No es extraño, sin embargo, que (la haya o no), lo parezca.

Lo que está claro es que el poder de la técnica ha aumentado hasta límites antes inimaginables y que este poder es ambiguo. Puede ser liberador y esclavizante, puede contribuir a limar las asperezas de la vida y a deteriorar su calidad, puede facilitar la solidaridad o el egoísmo. La aplicación y el sentido de la técnica no son cuestiones técnicas. Son, fundamentalmente, cuestiones éticas.

Las conquistas del hombre pueden, por vez primera, elevar a toda la humanidad a un nivel de vida digno y decoroso, superando la situación de miseria, enfermedad y trabajo deformante y penoso en que han vivido la mayor parte de los hombres y las mujeres durante milenios, probablemente durante millones de años. También, por vez primera, pueden rebajar a todos los seres humanos a un mostrenco, anónimo y alienante sometimiento al poder de la técnica.

Todas las civilizaciones y culturas han decaído por sus insuficiencias. La nuestra tiene el mayor peligro en sus propias conquistas. Desde luego, todas las conquistas han tenido siempre su precio. La del hierro permitió fabricar mejores arados, y también espadas más mortíferas. Pero las conquistas actuales ponen en peligro la misma supervivencia de la humanidad. ¿Hay mayores conquistas que la ingeniería atómica y genética? ¿Hay mayores amenazas?

El hombre, por la técnica, va dando más años a la vida, pero no es seguro que dé más vida a los años. Dispone hoy, por vez primera, de medios para eliminar el hambre de la Tierra, pero siguen muriendo de hambre cientos de millones de personas. La técnica podría aumentar y enriquecer el disfrute del ocio, pero resulta que, en las sociedades que han alcanzado cierto bienestar, lo que crece es el paro. En ellas ha descubierto el hombre nuevas posibilidades de gozo y alegría: abundancia de medios, de los que siempre careció; oportunidades inéditas de solidaridad con el prójimo cercano y remoto; holgura para que amplias mayorías, como nunca en la historia, puedan recrearse en el cultivo de la inteligencia y la contemplación del arte y la naturaleza. En ellas, sin embargo, aumenta también la frecuencia con que

inmensas multitudes son presa de la monótona sucesión del negocio —para crear nuevas necesidades, aunque sean vanas y estupefacientes—, el trabajo —para satisfacer esas necesidades—, el descanso —para recuperar fuerzas y volver a negociar y trabajar— y la diversión —para evitar encararse con el sentido personal de la propia vida.

Muchas orientaciones del pensamiento actual, no sin argumentos y con cierto desengañado estoicismo, renuncian a pensar con rigor y a fondo; prefieren cultivar, con equívoca resignación, un «pensamiento débil». Las predicciones apocalípticas se suceden con tanta o más frecuencia que en otras épocas y con algún mayor fundamento. De vez en cuando, un grupo de científicos anuncia que, si no cambiamos de rumbo, en unos cuantos decenios acabaremos por destruir la biosfera y con ella a nosotros mismos. Poco antes de morir, Bertrand Russell nos dio un plazo semejante, que, sin embargo, ya se ha cumplido, sin hecatombe final. Orwell situó en 1984 el reinado del terror bajo un Big Brother o varios. Hemos rebasado ese año y los pequeños Big Brothers han venido y pasado, con más pena que gloria. No parece que estemos ya en la «hora 25», que hace tiempo se anunció, ni resuena todavía en nuestras ciudades el trote devastador de los rinocerontes, bajo la irónica mirada de Ionesco.

Es verdad. Pero lo es también que la amenaza subsiste y crece y que no pocos rinocerontes cabalgan desbocados. Hay que añadir, sin embargo, que las amenazas, como las conquistas, son ambiguas, como lo es la técnica misma que las propicia. Indican, más bien, que el discurrir de la humanidad es incierto y aventurado. Las palabras de Ortega y Gasset lo expresan con rigor: «¿La vida como angustia, Señor Heidegger? ¡Muy bien! Pero... además, la vida como empresa». Y, hay que añadir, como empresa compartida.

LA CONCIENCIA PLANETARIA

Con estancamientos, olvidos y retrocesos, la humanidad ha sabido iniciar y ampliar una *conciencia común*, que empieza en nuestros días a ser *planetaria*. El diálogo entre los hombres y las culturas ha sido concebido como posible en muchas instancias y de diversas maneras. Las literaturas sapienciales, de Oriente a Occidente, señalaron la suerte común de todos los hombres en la dicha y la desgracia. Los estoicos pensaron el mundo conocido como ecúmene o casa compartida. El cristianismo inauguró un ideal de igualdad fraterna entre todos los seres humanos, griegos y judíos, circuncisos e incircuncisos, bárbaros y escitas, esclavos y libres. Los filósofos y teólogos de nuestra escuela de Salamanca desarrollaron la doctrina de la humanidad como *communistas naturalis orbis*. Pocos años antes, el hombre había dado la vuelta a la Tierra y el planeta empezó a vivirse, por una minoría cada vez más amplia, como una realidad limitada y abarcable. Hoy, miles de millones han visto la esfera azulada de la pequeña Tierra, fotografiada desde el espacio.

Hay abundantes indicios de que se extiende y se ahonda una conciencia planetaria, no sólo como idea de más o menos amplias minorías, sino como vivencia efectiva de mayorías cada vez más extensas. Y no sólo como convicción de habitar una casa común, sino de convivir en ella, en inevitable interdependencia. Lo que pasa en cualquier lugar lo sabemos, o creemos saberlo, casi todos y nos afecta a todos. Cada vez está más claro que nada se resuelve en ningún sitio, si no se resuelve por todos y para todos. En otras épocas las pequeñas y grandes catástrofes podían ocurrir en alguna zona del planeta, sin perturbar el curso histórico de las demás. Hoy los fracasos y las amenazas afectan a todos, y casi todos lo saben.

La humanidad afronta una alternativa que se plantea, cada día, de forma más real, más conscientemente vivida y más urgente: O cooperación o caos. No para estos o aquellos hombres o culturas: para todos los hombres y para todas las culturas.

La conciencia planetaria hace patente la realidad y la urgencia de esa alternativa. Pero tal conciencia es sólo una condición necesaria, aunque insegura e insuficiente, para extender y ahondar el diálogo. Lo hace posible, porque establece un punto de partida: la Tierra es la patria común de la humanidad. No lo garantiza, porque, como todo lo humano, es insegura y ambigua. Es insegura: nada excluye con certeza que, de nuevo, se aminore o pierda. Es ambigua. Contiene un lado positivo: la vivencia o, como diría Américo Castro, la vividura real de la interdependencia, que hace posible y casi obligatorio el diálogo. Contiene un lado negativo: la información compartida de lo que acontece en el planeta agudiza la conciencia de los fracasos, las amenazas, las injusticias y las desigualdades hirientes, y puede propiciar nuevas formas de enfrentamiento, discordia y violencia. La certidumbre de que habitamos un pequeño mundo, marginal y efímero, en la periferia de una galaxia, entre miríadas de ellas, puede vivirse como motivo de más profunda instalación en la realidad del universo y de apertura a una nueva cara del misterio de la existencia o como prueba de la futilidad de la historia y la cultura.

Creo que este es el tema de nuestro tiempo: extender y ahondar la conciencia planetaria y esforzarse por inventar los medios que, desde esa conciencia, favorezcan la cooperación y el diálogo. No es seguro que lo consigamos. Al hombre, como, según Paul Valéry, le acontece a la novela, *tous les écarts lui appartiennent*. Por mi parte, ya que no puedo tener certeza, prefiero tener esperanza. Creo, como Don Quijote, que más vale buena esperanza que ruin posesión.

LA CONCIENCIA EUROPEA

Sea lo que fuere, parece claro que, como aspecto de esa conciencia planetaria, o tal vez dificultándola, se ha desarrollado, con modalidades peculiares, una cierta conciencia europea. No viene de ahora. Se ha ido haciendo durante siglos. Pero sólo recientemente se ha concretado en instituciones políticas y económicas abarcadoras y tendentes a la integración y no al enfrentamiento.

Como Ortega defiende en su *Meditación de Europa*, ésta ha existido en forma de repertorio común de ideas, usos, maneras y entusiasmos, incluso antes del nacimiento de las naciones europeas. En este repertorio, sobresalen a mi ver, a pesar de innumerables contradicciones y eclipses, los rasgos siguientes: la vocación de universalidad espiritual y temporal de la cristiandad, patente, al menos como símbolo, desde el Sacro Imperio medieval y que persiste incluso después de las independencias nacionales respecto al Papado y al Imperio; la especial estimación del valor de la persona, que se va depurando jurídicamente, desde el derecho romano al derecho de gentes y a la declaración de los derechos del hombre y, en fin, una distintiva inclinación, desde los orígenes helénicos, al pensamiento racional.

En varias ocasiones, al correr de los siglos, los pueblos europeos han tomado conciencia de su común identidad y la han definido frente a amenazas e invasiones de otros pueblos y culturas. Nuestro colega José María Areilza nos recordaba hace poco que las tropas que, a las órdenes de Carlos Martel, detuvieron en el año 732 la oleada musulmana eran llamadas ya por los cronistas de la época *milites europeenses*, soldados europeos. Y en su *España Inteligible* subraya Marías el hecho notable de que España eligiera, con incontables sinsabores, ser europea en lugar de integrarse en la civilización musulmana, tan superior durante siglos.

El mismo nombre de Europa, de incierta etimología, pudiera tener que ver con el epíteto homérico que suele acompañar a Zeus en la Odisea: Zeus, el európa, es decir, el de larga mirada. Esa larga visión, esa incesante y polémica indagación de las cosas a la luz de la razón, esa laboriosa y fáustica búsqueda de la verdad, en principio válida y desvelada para todos, es lo que, desde el mito clásico, hace entrar a Europa en raptó y donación dialogante o violenta y ser con frecuencia hurtada y raptada por los demás, como tan hondamente ha comentado nuestro Presidente de Honor, Luis Díez del Corral.

De Europa, desgarrada por continuas guerras internas, han surgido, sin embargo, constantes proyectos de unidad entre naciones del continente y del planeta. Antonio Truyol nos habla estos días de los más recientes: El movimiento paneuropeo del conde Coudenhove-Kalergi (1923) o el proyecto de federación europea de Aristides Briand (1929).

Pero ha sido después de la Segunda Guerra Mundial, al final de ese período sangriento de la historia europea que se ha llamado la Segunda Guerra de los Treinta Años (la contienda de 1914-1918, los regímenes totalitarios y la gran depresión, nuestra guerra civil y la guerra total de 1939-1945) cuando se han iniciado procesos concretos y efectivos de integración económica y política. Es triste, pero históricamente real, que muchos de los avances de la humanidad han sido provocados por los desastres y el dolor de la guerra: «*Pólemos patér pántor*» —«la guerra es el padre (la madre) de todas las cosas», dijo hace muchos siglos Heráclito.

Los primeros pasos se dieron enseguida. Churchill lanzó en Zurich, por 1946, la idea de los Estados Unidos de Europa. Al año siguiente 16 de esos estados colaboraron en la «Organización para la Cooperación Económica de Europa» y la aplicación

del Plan Marshall. En 1948, el Reino Unido, Francia y el Benelux firman el «Tratado de Bruselas» para la «colaboración en asuntos económicos, sociales y culturales y para la defensa colectiva» y, en 1949, diez naciones europeas deciden formar el Consejo de Europa para el diálogo sobre asuntos comunes.

En los años siguientes se inicia, y luego con altos y bajos prosigue, la creación de instituciones que van perfilando las metas de una «Comunidad Europea» para la paz y el bienestar y poniendo los medios para ir haciéndola posible y efectiva. Son, sucesivamente, la CECA (Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Tratado de París, 1951), la CEE y la CEEA o EURATOM (Comunidad Económica Europea y Comunidad Europea de Energía Atómica. Tratados de Roma, 1957). Son las primeras Comunidades Europeas, formadas por Francia, la República Federal Alemana, Italia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo.

Sus realizaciones concretas son más bien de índole comercial y económica, si bien, desde el principio, como ha señalado Manuel Alonso Olea, sus fines últimos fueron políticos y sociales. Walter Hallstein, el primer presidente de la Comisión de la CEE, así lo reconoció: «No tratamos en absoluto de negocios, sino de política».

Al correr de los años, la Comunidad y sus pretensiones políticas y sociales se amplían. En 1972 se incorporan a ella el Reino Unido, Irlanda y Dinamarca; Grecia lo hace en 1981 y España y Portugal en 1985. En 1986, «los doce» firman el «Acta Única Europea», y en 1992, en Maastricht, el «Tratado de la Unión Europea».

Son pasos por los que la idea de un Mercado Común sin aduanas, intenta convertirse en una verdadera unión económica y monetaria, con un poder comercial superior a los de Estados Unidos y Japón, con un sistema de Bancos Centrales y un Banco Central Europeo, una moneda común y la libre circulación de personas, mercancías, servicios y capital. La idea de Europa va acentuando asimismo sus dimensiones sociales mediante planes y proyectos de solidaridad y la formación de un Fondo para aproximarse progresivamente a una equitativa cohesión social. Se extiende la pretendida integración europea a los asuntos de seguridad y defensa, y a los intentos de unión política, al menos parcial, respecto a las relaciones con el exterior de la Comunidad y al gobierno interno de las mismas en campos que habrá que ir determinando, según se llegue a acuerdos, si se consiguen, sobre la creación de un Poder Ejecutivo supranacional responsable ante un Parlamento Europeo elegido por los ciudadanos de la Comunidad.

En 1954 Raymond Aron escribía: «La idea europea es una idea vacía; ni tiene la transcendencia de las ideologías mesiánicas, ni la inmanencia del patriotismo concreto. Fue creada por intelectuales y ese hecho explica sin más su genuina resonancia en la mente y su débil eco en el corazón».

Desde entonces, parece que la idea se va llenando de contenido. El movimiento integrador, en constante brega con dificultades y obstáculos, sigue adelante. Como dijo una vez el ya mencionado Walter Hallstein, «la integración europea es como ir en bicicleta: o avanzas o te caes». O, como desde el principio aclaró Jean Monnet, uno

de los padres de la Comunidad, «el Mercado Común es un proceso, no un producto». En realidad, todo parece indicar, como enseguida veremos, que, si no existe todavía un auténtico patriotismo europeo, o incluso si puede dudarse de que algún día llegue a existir, al menos la idea de Europa, contra lo que hace cuarenta años percibía Aron, va teniendo más eco en el corazón de muchos europeos que claridad en sus cabezas y que firmeza en la aportación de sus esfuerzos.

¿Es así? ¿Qué piensan y sienten de todo esto los ciudadanos de Europa? Bien, por lo pronto, los que están en la Comunidad quieren, en general, seguir en ella, y si algunos, como los británicos y los daneses, tienen recelos y dudas, incluso ellos siguen adheridos afectivamente a la idea de una Europa unida. Por otra parte, los que no están en la Comunidad desean ingresar en ella, incluidas las naciones recientemente emancipadas del imperio soviético.

Las actitudes, creencias, expectativas, evaluaciones, opiniones, afectos, sentimientos, dudas, deseos y temores que acerca de la Comunidad manifiestan los habitantes de sus países miembros han sido copiosamente recogidas y estudiadas en numerosos trabajos, entre los que destacan los *Eurobarómetros*, publicados dos veces por año, desde 1974, por la Comisión Europea. Han aparecido ya 38 volúmenes, el último en estos días de noviembre de 1992. Cada número presenta y analiza sondeos de opinión sobre numerosas cuestiones en muestras aleatorias estratificadas de todos los países miembros y, además, en muestras representativas de los que denominan «euro-décideurs», es decir, de las personas que ejercen funciones que pueden influir más intensamente en la opinión pública. Dos números extraordinarios exponen e interpretan las respuestas que se han dado a las mismas cuestiones a lo largo de los años, desde el ingreso de cada nación en la Comunidad hasta 1991.

Intentaré resumir los resultados más importantes de los sondeos publicados por los principales autores y más especialmente por los Eurobarómetros.

Los sondeos realizados antes de 1974, en general parciales, han conducido a conclusiones contradictorias. Unos autores, como Deustch (1967), consideran que el impulso europeísta culmina en 1957-1958, al comienzo de las Comunidades que establecieron los tratados de Roma. El entusiasmo decae luego y los datos permiten pronosticar un futuro europeo de naciones-estado, a lo sumo cooperadoras, pero sin lograr una identidad supranacional. Otros autores, como Inglehart, creen comprobar, por el contrario, un creciente europeísmo y detectar, hacia 1977, precisamente la emergencia de un sentimiento de identidad supranacional.

De hecho, los sondeos más completos de la década de los años cincuenta revelan un alto nivel de apoyo a la unificación, con mayorías favorables del 60 al 70 por 100, incluido el Reino Unido. En 1963 se realiza la primera encuesta simultánea en los seis miembros iniciales de las Comunidades —Alemania Occidental, Francia, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo—. Como se repetirá en años sucesivos, se comprueba entonces un apoyo mayoritario a la idea de una Unión Europea y una clara adhesión a sus grandes objetivos de paz, seguridad, bienestar y progreso. Se observa, al mismo

tiempo, poco entusiasmo por los asuntos comunitarios concretos y un conocimiento, menor aún, de las instituciones y planes comunitarios específicos. Se empieza entonces a hablar de las grandes «áreas oscuras de ignorancia», frase que será más adelante frecuentemente repetida.

Los sondeos de los Eurobarómetros, desde 1974 hasta el presente mes de noviembre de 1992, confirman y matizan los resultados que acabo de citar y, sobre todo, destacan las diferencias entre las naciones y el mantenimiento o el cambio de las actitudes a lo largo de los últimos catorce años, según la Comunidad se va extendiendo de los seis miembros primitivos a los doce actuales.

Las numerosas preguntas de los cuestionarios y los temas a que se refieren, algunas de las cuales figuran en la relación que se ofrece en el Apéndice, pueden agruparse en unas pocas categorías, que paso brevemente a comentar.

Se mantiene, con oscilaciones entre el 70 y el 80 por 100, el apoyo afectivo a la idea de Europa, con más entusiasmo por parte de los italianos y los alemanes y con bastante menos por parte de los británicos (favorables, sin embargo, por encima del 50 por 100) y por parte de los daneses, que oscilan entre el 45 y el 60 por 100. Los contrarios a la idea de integración son escasos y no llegan al 16 por 100. En noviembre de 1992, incluso un 68 por 100 de daneses creen que la CE es una «buena cosa», a pesar de haber rechazado, aunque por escasísima mayoría, el Tratado de Maastricht.

Sobre este último Tratado, las actitudes son, en general, menos favorables. Oscilan en torno al 43 por 100 (con un 27 por 100 en contra y un 37 por 100 de indecisos), siendo los daneses los que manifiestan más pareceres contrarios (48 por 100), seguidos de los británicos con un 43 por 100.

En conexión con este tipo de cuestiones figura la pregunta de si se debe o no acelerar el proceso de integración. Los más inclinados a contestar afirmativamente son, de nuevo, los italianos, acompañados con mayorías relativas por los demás, excepto, también de nuevo, los británicos y los daneses, con mayorías relativas proclives a la negación. Parecidas diferencias se observan respecto a la idea de un Gobierno Europeo con poderes ejecutivos.

Los países difieren asimismo en la intensidad con que se adhieren al ideal europeo, expresada por sus respuestas a preguntas sobre la solidaridad global, en la que todos concuerdan, con grandes mayorías superiores al 70 por 100. Todos coinciden, por ejemplo, en que se debe ayudar a cualquier miembro que tenga especiales dificultades económicas, incluso si ello implica un sacrificio personal, aunque en este caso sólo los italianos llegan al 64 por 100, quedando los demás por debajo del 40 por 100 y siendo los británicos los más opuestos (71 por 100).

En general, menos del 50 por 100 de los encuestados en los distintos países piensan que la Comunidad trabaja en su favor, excepto en el caso de Italia, en donde un 70 por 100 lo afirma.

Contribuye a este apoyo afectivo la confianza que se tienen los países entre sí. Se

juzga muy fiables a los alemanes, británicos y franceses; expresan la mayor fe mutua los alemanes y los franceses, y manifiestan los mayores recelos recíprocos los franceses y los británicos.

Cuando se inquiera cuál es el mayor obstáculo para la unión, suele afirmarse que es el «orgullo nacional», especialmente juzgado como muy alto en el caso de los británicos (75 por 100), y menor, por debajo del 40 por 100, aunque considerable, en los demás.

Otra gran categoría agrupa las actitudes acerca de la pertenencia a la Comunidad. Todos la estiman favorable y, de nuevo, los más positivos son los italianos y los menos los británicos. Todos, menos Italia, piensan que dan más de lo que reciben. Los mayores temores de perder económicamente los expresan los británicos y los daneses, seguidos a distancia por lo alemanes.

A pesar del considerable apoyo afectivo a los grandes objetivos de la Comunidad, es curioso comprobar que, si ésta desapareciera, no son muchos los que lo lamentarían. Lo declara en torno al 45 por 100, mientras bastantes, hacia un 35 por 100, se muestran indiferentes, y son muy pocos, del 14 al 18 por 100, los que se alegrarían, excepto los británicos, que lo confiesan en más del 50 por 100, siendo asimismo los únicos que expresan, en la considerable tasa del 50 por 100, su decisión de votar en contra de la adhesión, si tuvieran que volver a empezar. Son también los británicos lo más opuestos a la acción de la Comunidad por encima de la propia autoridad nacional.

Respecto al entendimiento y comprensión mutua, los encuestados estimaban durante los primeros años que crecía y se ampliaba; después, hasta hoy, piensan que va decreciendo. La creencia en el funcionamiento democrático de la Comunidad no es tampoco demasiado extendida; aproximadamente el mismo número, en torno al 50 por 100, la afirman que la niegan.

En interés por los asuntos políticos es «mucho» o «bastante» (menos del 50 por 100) y «poco» o «nada» (más del 50 por 100). Los que muestran más interés son los británicos, alemanes, franceses y los ciudadanos del Benelux; los que manifiestan menos interés son los italianos, españoles, portugueses y griegos.

Hay una gran mayoría, entre el 65 y el 75 por 100, que apoyan el Código de Derechos Sociales Fundamentales, y son muy escasos, en torno al 5 por 100, los que lo rechazan. Sólo Dinamarca y el Reino Unido, aunque con mayorías también favorables, expresan un 20 y un 15 por 100, respectivamente, de opiniones contrarias.

Una considerable mayoría es favorable en los distintos países a la existencia de un Parlamento Europeo elegido por los ciudadanos, aunque es apreciable el temor, sobre todo en los británicos y daneses, de que erosione el poder del propio parlamento nacional. Más concretamente, a la pregunta sobre un Gobierno Europeo con poder para tomar decisiones supranacionales, los encuestados manifiestan opiniones favorables en un 50 por 100 y desfavorables en un 25 por 100. Como es sólito, lo

más favorables son los italianos y los decididamente contrarios son los daneses (25 por 100 a favor y 60 por 100 en contra) y los británicos (30 por 100 a favor y de 40 a 45 por 100 en contra).

Sobre la ciudadanía europea, propuesta por España, se comprueba, con pesar por parte de los alemanes, un escaso *Zusammengehörigkeitsgefühl*: Se sienten alguna vez europeos entre el 35 y el 45 por 100, excepto los británicos que sólo lo manifiestan en un 16 por 100; muy pocos, alrededor del 15 por 100, se sienten europeos con frecuencia, y no se han sentido nunca europeos del 26 al 45 por 100, llegando de nuevo los británicos a declarar esta ausencia de identidad europea en un 74 por 100. Parece que sigue siendo correcta la conocida afirmación de Churchill acerca de los europeos: *«we are with them, but not of them»*.

La mayoría de los encuestados aceptan y aplauden la idea de la ciudadanía europea, pero más bien en lo que se refiere a asuntos prácticos, como la posesión de un pasaporte europeo, aunque muestran, como ya se ha dicho, muchos temores en lo que toca a la soberanía nacional, como enviar un solo embajador a Washington, Moscú o Tokio.

Hay que añadir, finalmente, que los Eurobarómetros incluyen sondeos especiales en muestras de los llamados «euro-décideurs», seleccionados entre los que ejercen funciones directas o importantes en la política, la empresa, la banca, el periodismo o la universidad. Los resultados obtenidos en estos sondeos son considerablemente más favorables a la integración europea, excepto en lo atinente a la Política Común Agrícola, en lo que, coincidiendo con las muestras nacionales completas, se emiten abundantes opiniones negativas.

En resumen, los sondeos sistemáticos constatan la existencia de un sentimiento general favorable a los fines globales de la Comunidad Europea, sin que el entusiasmo sea notable, sino más bien tibio y decreciente con respecto a cuestiones que implican sacrificio personal o pérdida de soberanía nacional. El interés por los asuntos comunitarios es más bien escaso y muy tenue el conocimiento de los mismos. Los más proeuropeos son los países mediterráneos y, con algún recelo, los de Centroeuropa. Los menos europeístas, los británicos y los daneses.

Cuando se estudian las respuestas clasificadas por criterios demográficos y sociológicos, se comprueba que, en general, son más proeuropeos los más jóvenes, los varones, los más cultos, los de nivel socioeconómico más alto, los que ejercen alguna función de liderazgo y los que se consideran más de izquierdas que de derechas, excepto en este último caso los laboristas ingleses y, en buena parte, los democristianos de Italia y Alemania.

Dedicaré unas breves palabras finales a comentar los resultados obtenidos por los trabajos que han ido más allá de la clasificación y recuento de las respuestas y han tratado de explorar los determinantes de las actitudes comprobadas. Entre ellos sobresale el libro de Miles Hewstone *Understanding Attitudes to European Community* (Cambridge: Cambridge University Press, 1986). La aplicación a los datos de

metodologías multivariadas, como la regresión múltiple y los análisis de varianza, factoriales, discriminantes y de vías o sendas (*paths*), muestran la escasa relación entre los estereotipos y las imágenes nacionales, de un lado, y las actitudes, de otro. Dependen éstas más directamente de la evaluación que las personas hacen de los fines percibidos como propios de la Comunidad y de las expectativas o probabilidades subjetivas con que juzgan que esos fines se van en efecto a conseguir. Las actitudes no determinan, sin embargo, el comportamiento, sino la «intención» de realizarlo. En esta intención influyen también las normas vigentes en los grupos de referencia de los sujetos, las cuales a su vez dependen, más que de un supuesto «carácter nacional» permanente, de los cambiantes acontecimientos históricos, del funcionamiento de las instituciones, de los objetivos y contenidos de la educación, desde la familia y la escuela primaria, y del papel de las minorías que más activamente moldean la opinión. Todo lo cual permite avanzar en la comprensión de cómo se forman y cambian las actitudes y la opinión pública. El estudio específico de los factores determinantes de las actitudes y las normas es, sin embargo, otra historia, cuyo examen rebasa los límites propósitos de esta disertación.

APÉNDICE

Liste des Tableaux des 27 variables trend List of Tables of 27 trend variables

TABLE/Tableau B1: LE SENTIMENT GLOBAL DE SATISFACTION A L'EGARD DE LA VIE / The feeling of overall life satisfaction (1973-1991)	1
TABLE/Tableau B2: LE SENTIMENT DE SATISFACTION QUANT AU FONCTIONNEMENT DE LA DEMOCRATIE / The feeling of satisfaction with the way democracy works (1973-1991)	19
TABLE/Tableau B3: L'ATTITUDE FONDAMENTALE A L'EGARD DE LA SOCIETE / Basic attitudes towards society (1970-1990)	37
TABLE / Tableau B4: ATTITUDE A L'EGARD DE L'UNIFICATION DE L'EUROPE OCCIDENTALE / Attitudes towards unification of Western Europe (UK: 1952-1991 / Others: 1962-1991)	55
TABLE/Tableau B5: JUGEMENT PORTE SUR L'APPARTENANCE DE SON PAYS A LA COMMUNAUTE EUROPEENNE / Attitudes towards membership of the European Community (1973-1991)	76
TABLE/Tableau B6: LE SENTIMENT QUE SON PAYS A BENEFICIE DE SON APPARTENANCE A LA COMMUNAUTE / The feeling that one's country has benefitted from being a member of the European Community (1983-1991)	95
TABLE/Tableau B7: L'ATTITUDE EN CAS D'ABANDON DU MARCHE COMMUN / Attitudes if the Common Market had been scrapped (1971-1991)	103
TABLE/Tableau B8: LA NOTORIETE DU PARLEMENT EUROPEEN DANS LES MEDIAS / Awareness of the European Parliament in the media (1977-1991)	120

TABLE/Tableau B9: L'IMPRESSION A L'EGARD DU PARLEMENT EUROPEEN D'APRES CE QUI A ETE LU OU ENTENDU / Impression of the European Parliament as a result of what has been read or heard (1982-1991)	131
TABLE/Tableau B10: L'IMPORTANCE DU ROLE ACTUEL DU PARLEMENT EUROPEEN DANS LA VIE DE LA COMMUNAUTE EUROPEENNE / Importance of the European Parliament's present role in the life of the European Community (1977-1991)	142
TABLE/Tableau B11: LE ROLE FUTUR SOUHAITE POUR LE PARLEMENT EUROPEEN / Desired future role for the Europea Parliament (1983-1991)	153
TABLE/Tableau B12: L'ATTITUDE A L'EGARD D'UN FUTUR GOUVERNEMENT EUROPEEN RESPONSABLE DEVANT LE PARLEMENT EUROPEEN / Attitudes towards a future European Government responsible to the European Parliament (1987-1991)	161
TABLE/Tableau B13: L'INTERET POUR LA POLITIQUE/ Interest in politics (1983-1990)	168
TABLE/Tableau B14: L'INTERET POUR LA POLITIQUE DE LA CE / Interest in EC politics (1973-1990)	172
TABLE/Tableau B15: L'IMPORTANCE DES AFFAIRES DE LA CE POUR L'AVENIR / Importance of EC matters for the future (1975-1991)	179
TABLE/Tableau B16: LA NOTORIETE DU MARCHE UNIQUE EUROPEEN DANS LES MEDIAS / Awareness of the Single European Market in the media (1988-1991) .	190
TABLE/Tableau B17: L'ATTITUDE A L'EGARD DU GRAND MARCHE EUROPEEN- ESPOIR OU CRAINTE? / Attitudes towards the Sigle European Market-Hope or fear? (1988-1991)	197
TABLE/Tableau B18: LE GRAND MARCHE EUROPEEN - UNE BONNE CHOSE? / The Single European Market - a good thing? (1987-1991)	205
TABLEy Tableau B19: L'ADOPTION D'UNE CHARTE CE DES DROITS SOCIAUX FONDAMENTAUX - UNE BONNE CHOSE? / The adoption of an EC charter of fundamental social rights - a good thing? (1989-1991)	213
TABLE/Tableau B20: LA NOTORIETE DE LA COMMISSION EUROPEENNE DANS LES MEDIAS / Awareness of the European Commission in the media (1987-1991) ...	221
TABLE/Tableau B21: L'IMPRESSION A L'EGARD DE LA COMMISSION EUROPEENNE D'APRES CE QUI A ETE LU OU ENTENDU / Impression of the European Commission as a result of what has been read or heard (1987-1991)	227
TABLE/Tableau B22: L'ANNEE PROCHAINE - MEILLEURE OU MOINS BONNE QUE CELLE QUI S'ACHEVE? / Next year - better or worse than the present one? (1980-1991)	235
TABLE/Tableau B23: L'ANNEE PROCHAINE - PLUS OU MOINS DE GREVES ET CONFLITS SOCIAUX DANS SON PAYS? / Next year - more or less strikes and social conflicts in one's country? (1980-1990)	243
TABLE/Tableau B24: L'ANNEE PROCHAINE - TRANQUILLE OU AVEC DE NOMBREUSES QUERELLES INTERNATIONALES? / Next year - peaceful or with many international disputes? (1980-1990)	250

TABLE/Tableau B25: LE DANGER D'UNE NOUVELLE GUERRE MONDIALE AU COURS DES DIX PROCHAINES ANNEES / Risk of a new world war in the next ten years (1971-1990)	257
TABLE/Tableau B26: EVALUATION DES CHANGEMENTS DE LA SITUATION ECONOMIQUE DU PAYS AU COURS DES 12 DERNIERS MOIS / Assessment of the changes in the country's economic situation over the past 12 months (1982-1991).	271
TABLE/Tableau B27: EVALUATION DES CHANGEMENTS DE LA SITUATION FINANCIERE DES MENAGES AU COURS DES 12 DERNIERS MOIS / Assessment of the changes in the financial situation of individual households over the past 12 months (1982-1991)	277

En *Trends* 1974-1991, *Eurobarómetro*, Comisión de las CE, Bruselas, 1991.

